

a concurso todas las literaturas exóticas: el Oriente llevó una ola de confusión y vaguedad mental; Norte América los rasca-cielos de hierro y cemento de Walt Whitman; Francia un decadente violín de hospital lleno de infinita gracia dolorosa; el Japón, oriente occidentalizado, el hay-kay que tiene la gracia del chorro de una fuente que salta y desaparece.

Estaban los españoles buscándose, buscándose, y después de tres siglos encontraron a don Luis de Góngora y Argote. Se enfrentaron a la gran figura no para reverenciarla en pasiva y servil adoración sino para que cada uno diera al viento la canción del Luis de Góngora que llevaba dormido bajo el pecho. El excelso y humilde poeta inédito que apretaba su canto contra su corazón.

No hay, pues, que indignarse porque el arte nuevo no produzca obras capitales. Y las está produciendo. Y hay que pensar que cualquier descalabro, si lo hubiere, tendría el significado heroico del sacrificio en el ara. Hollar los trillados senderos es cómoda empresa sin gloria ni riesgo. El bello peligro, la divina aventura está en trazarse con las manos el camino.

Y el lector, con una dosis cordial de buen sentido, debe acostumbrarse a pensar que cuando no entiende un libro no siempre el autor tiene la culpa. Un pequeño llamado a la meditación antes del gesto iracundo de la impaciencia.

Así, lector y autor, cada uno en su punto de vista, serán los colaboradores y protagonistas del arte que hoy se está haciendo en el mundo.—ROBERTO MEZA FUENTES.

<https://doi.org/10.29393/At53-8RCJV10008>

Los ríos creadores



LA orilla de los grandes ríos se desarrollan tarde o temprano las civilizaciones. Hay ríos que ya parecen haber rendido todos sus frutos de cultura; ríos exhaustos de posibilidades aún cuando todavía estén ricos de caudal. Del Nilo, del Ganges, ¿qué puede salir que iguale a lo que ya ha salido? Hay otros ríos como el Río Bravo o Río Grande que por su escaso caudal llevan milenios de alimentar civilizaciones menores, civilizaciones de reflejo: eternas fronteras de pueblos. Y hay otros ríos, como el Colorado, ríos que todavía no rinden su fruto. El Colorado se hunde, se pierde en el gran Cañón y no han podido, no pueden todavía los hom-

bres ir a explotarlo. El Colorado se llena de agua más al sur y apenas comienzan sus inundaciones a fecundar las tierras nuevas de Mexicali, pero todavía más al sur entre la Baja California y Sonora, en México, las márgenes del Colorado ofrecen ese impresionante espectáculo de la desolación, la incultura, de lo remoto y lo salvaje; ríos que todavía no rinden fruto. Pero ya comienzan a estar amenazadas la pomposa soledad y la arrogancia del Colorado; la hormiga humana medrosa, curiosa, tenaz, lo tiene ya cercado; lo recorren todos los días los ojos de los turistas y esto ya es amenaza para la independencia del río bárbaro.

Los primeros en llegar fueron los españoles; raza magnífica de guerreros, de geógrafos, de apóstoles, todo a la vez en aquel gran esfuerzo de conquistar al mundo para Dios. López de Cárdenas, el descubridor, Tovar que organiza la exploración; los misioneros que por primera vez lo atraviesan en el sitio que todavía se llama el Paso de los Padres: el «gran abismo que había más de tres o cuatro leguas por el aire». Después de los españoles todo el ideal se empequeñece y hoy ya no se exploran las tierras para agrandar los dominios del alma; se las explora para explotarlas y se cotiza la curiosidad. Pero de todas maneras, allí está la hormiga humana pegada a las márgenes del río indomable, asomada al abismo con su miedo y su insaciable curiosidad.

El abismo es magnífico, la más grande y la más profunda de las quebradas de la tierra, dice el prospecto guía. ¡Y qué imponente es mirarlo desde la orilla, en la noche azotada por el viento, bajo la luna que engendra sombras y entre el misterio de nieblas que ensanchan las perspectivas! Abismo que el aire mismo no alcanza a colmar; se diría que intenta arrebatarnos el alma para llenarse, y la pobre bestia de carne se aleja temblorosa y la fantasía padece tormentos.

Pero tornamos a ver el abismo al amanecer. ¿Qué amanecer no es de victoria si hasta nuestros muertos parece que resucitan a una vida mejor cuando estalla la mañana después del velorio ahogado en congoja? Se hace el milagro de cada día, y las quebradas y los fosos y los acantilados, que en la noche nos hicieron temblar, parecen como arquitecturas espléndidas. Predomina entre todas las formas la pirámide. A menudo una pirámide arredondada, como las pagodas, o mejor, como los templos hindúes que son la perfección en arquitectura aún cuando nos cueste trabajo reconocerlo a causa del prejuicio de nuestra barbarie europea. La naturaleza se rige por la geometría, pero la supera siempre, nunca se somete a la regla, esto es lo que nunca lle-

ga a entender el ingeniero; pero el arquitecto sabe que la verdadera geometría de la construcción está en el ensueño que supera la precisión de los ángulos. Esto lo saben el agua y el viento, los arquitectos de la montaña. El Cañón bajo el sol es como una hermosa serranía que se alza sin lograr que el abismo se colme. Las quebradas son por todas partes tan hondas, que la mirada no alcanza a seguirlas, sólo la atención se clava y se hunde en el vértigo.

Bajar por las veredas, hundirse en las quebradas es como ir cantando un himno a la grandeza terrestre o como ir rezando la plegaria de nuestra humildad y nuestra pequeñez.

Así que se ha visto el Cañón de noche, así que se le ha explorado siquiera superficialmente de día, entra la tentación de verlo en conjunto. Algo de reto va con el deseo. Y el audaz a la vez que bien sistemado maquinismo norteamericano invita a cumplir el deseo. No hay nada más atrevido que una acción que se organiza en sistema, y, en esto, se encuentra la fuerza del yanqui. Dos trimotores Ford levantan viajeros dos o tres veces al día por módico precio. Cómodos sillones parecidos a los de un vagón de pequeño tren, leve estruendo de motores, correr como de auto, y de pronto la sensación de que la carrera se está continuando en el aire. Con el rabo del ojo se advierte la rueda que ya no toca suelo y se siente la realidad del ensueño que siempre nos dijo que podíamos volar. Se sube, se sube; no causa asombro ascender, pero sí inquieta sentir hundimientos súbitos, en seguida consuela volver a ascender y cuando por fin se logra la calma necesaria para explorar hacia abajo, después del fondo de árboles que se han vuelto pequeños, como los de las cajas de Navidad, se mira la línea quebrada, ondulada que marca la extensión del abismo, herida de la tierra; casi un rasguño ahora, lo que fuera anoche profundidad sin fondo.

Y así como la luz eléctrica ha desacreditado la creencia en los espantos, el aeroplano hace aparecer risibles los pavores del abismo nocturno y empequeñece, casi borra, las proporciones del espectáculo. Apenas unas arrugas de la tierra y en el fondo, un chorro de lodo serpeando penosamente entre grietas. Curiosa la experiencia del aeroplano; en primer lugar se siente que aquéllo no es vuelo porque el alma no sale de su cárcel y sólo se trata de cuerpos que se desplazan, se apartan con más o menos riesgo para la perduración del pobre y enclenque aparato del cuerpo. Entonces el miedo, el miedo físico que no entiende razones, apela a esa otra pobre cosita insegura que está dentro del cuerpo y se formula una especie de voto que dice: «Si escapo de ésta, Señor, ya no me meteré en otra», aun

cuando sabe que si se meterá en otras mil, mientras le duren la vida y la curiosidad, y en esta mezcla de cobardía y de audacia está la fuerza de la cosita insegura y su misterio. Y siente el novicio que es tentar a los Dioses salirse del elemento del cuerpo para ir a ensayar acrobacias en los aires, y al mismo tiempo piensa que no es el aire ni es la tierra su verdadero elemento, sino que es otro el elemento del alma. Y un miedo se ríe de otro miedo cuando en lo alto del aire nos reimos del Cañón que por abajo es abismo y por arriba apenas una arruga de la vieja tierra. Y seguimos reflexionando en el misterio pueril de la proporción. A la vez importante y ridícula la dimensión. Se explica que los hombres al darse cuenta de la medida se preocupasen de ella a tal punto que la misma filosofía llegó a fundarse en la mente ática. En cambio después, así que ya hemos jugado con las proporciones y las medidas, se descubre el engaño y la inocuidad de la dimensión. No es asunto de dimensión sino de cambio de naturaleza. A tal punto que la filosofía habrá de dividirse en un futuro lejano en el período prematemático, el período matemático y el período post o supermatemático. Primero no se mide porque no se puede; después así que se ha podido todo, se descubre la inutilidad de la medida y se busca lenguaje más elocuente que la mera dimensión. Esto es lo que me decía el aeroplano cuando me borraba, cuando me empequeñecía los paisajes de la tierra. La hermosura convertida en esquema; el paisaje hecho mapa. Es este el mensaje del vuelo. Pero repito que eso no es vuelo sino simple fuga a la azotea del mundo. El vuelo de verdad no es cosa de máquinas. Y la belleza de la tierra no es cosa de altura o de distancia, sino de ternura y de similitud. De cerca y al alcance de mis sentidos, los vivos colores, los bellos perfiles del mar de picachos del Cañón encantado, me despiertan en el pecho esa sinfonía de la comunión que es el más elevado misterio del sér.

El avión nos convence de la infecundidad, la relatividad del criterio dimensional y también nos enseña a superar la proporción. El abismo del Río Colorado era como un monstruo animado para los indios que no llegaron a explorarlo; el Cañón es todavía para nosotros, de cerca, un sublime espectáculo; en cambio, visto desde la altura, el monstruo y el espectáculo se tornan insignificantes. Insignificante toda la tierra para el aviador, insignificante la tierra para el que mide. Pero eso mismo prueba que filosofar no debe ser medir. Filosofar es reducir a parentesco y a unidad; por eso siempre ha sido y siempre será el arte mejor camino de comprensión que la matemática. El arte no desdeña la medida, pero supera a la ciencia

porque no se somete a la medida sino que la norma le da sentidos que ella misma no posee pero que están latentes en la realidad. La realidad, faz de Dios de donde salen todas las inspiraciones y los mensajes y las excelsitudes. Pero no ha de ser barro sólo ni sólo medida, sino barro encendido en el fuego, medida regenerada en la música.

Del avión baja el filósofo desilusionado de la medida. El divino paisaje se le ha vuelto caricatura y por eso mismo vuelve al paisaje ya no para abismarse en sus proporciones y sí para amarlo con esa suerte de impersonal y divino amor de la naturaleza, menos agudo que el amor de las criaturas pero más iluminante. Paisajes todos de la tierra; para recrearnos en ellos, para corregir en ellos y por ellos la otra mordedura del pecado original, para eso vienen las almas a este pequeño mundo de proporciones que es el planeta. Pero no se sale de la zona de encanto de esta parodia de paraísos celestes escapando en las alas del avión, por el camino de las dimensiones. Se sale de la zona embrujada por el sésamo de Orfeo que es lo mismo que la ternura mística del cristiano. Se le cambian las leyes íntimas al mundo para que torne a lo que fué en el Paraíso.—JOSÉ VASCONCELOS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

✓ Proust: El prisionero de sí mismo

TRISTE, monótonamente triste, como esos cantos indios en que la nota se repite y se vuelve a repetir, y va y se extiende por los campos, buscando el por qué de su congoja y arrastrando su queja más allá de la tierra, y la igualdad de las vibraciones intensificándose hasta la angustia: tal es Marcel Proust sentimental, el hombre maravilloso que ha dado esta sensación no con lirismo sino con el elemento más extraño y más inexplorado hasta ahora en la literatura amorosa: la psicología instrospectiva aplicada al amor.

¡Creyóse que en el amor todo estaba dicho, y Proust vino a fijarnos, a analizarnos, a abrirnos ante los ojos, bajo aspectos enteramente nuevos, todo el campo desolado del sufrimiento amoroso. Nadie tuvo antes una clarividencia más maravillosa de lo subjetivo, nadie analizó como él las relaciones y las in-